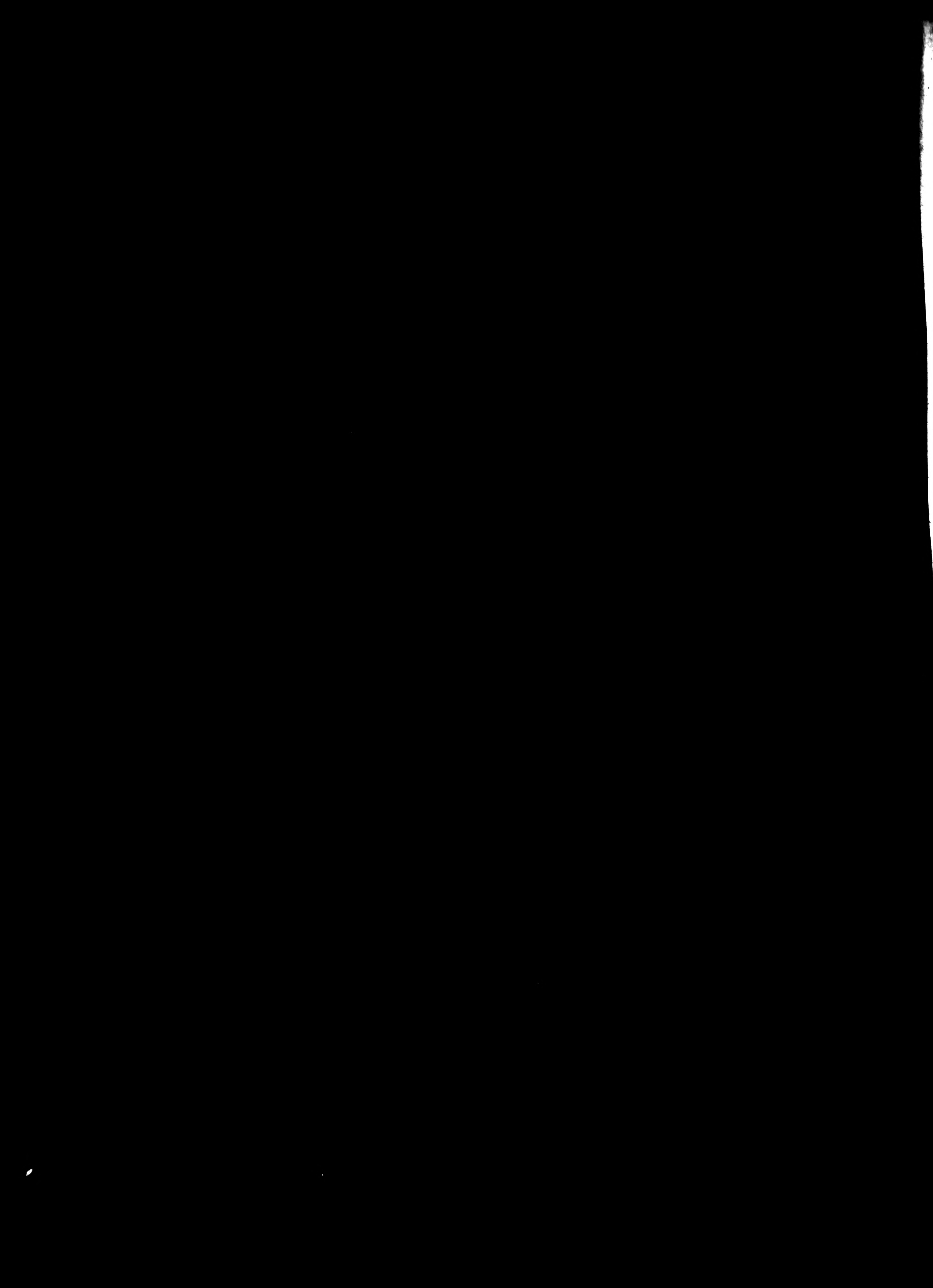
El Pirata negro

Madrid

[1894?]

Reel: 42 Title: 16



(CUATRO PLIEGOS.)



EL
PIRATA NEGRO.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

EL PIRATA NEGRO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la extraña aventura que le ocurrió al Corregidor de Mahon al ser asaltada la isla por los turcos, y del castigo que le dió el conde Ferrán, gobernador de Menorca.

Por los años de 1558, estaba el imperio turco en todo su explendor y auge y haciendo correrías por los dominios de España, aprovechándose de la circunstancia de que el rey D. Felipe II estaba muy ocupado en dominar la rebelion de los flamencos, la de los moriscos ó cristianos nuevos de Granada, y en atender á la guerra con el francés. Por esta razon estaban desatendidas las principales plazas del litoral del Mediterráneo y la piratería de los turcos se ejercía con el mayor descaro, sin que apenas pudiera evitarlo la actividad de las tropas, tanto de tierra como de mar, que estaban consagradas en escaso número á la defensa de aquellas plazas.

En aquella época era gobernador de Menorca el conde Ferran, un general muy estrafalario, á quien el rey D. Felipe II habia otorgado aquel cargo en premio á los antiguos servicios que habia prestado en las guerras de Italia. Este conde Ferran tenia fama de ser muy severo y pundonoroso, por cuya razon, al mismo tiempo que era largo en premiar á los buenos, era intransigente, duro y hasta cruel cuando se trataba de castigar á los malos.

Tenia el conde Ferran, en la época de nuestra historia, muy bien cumplidos los sesenta años, y áun cuando todo su cuerpo estaba cubierto de honrosas cicatrices y costurones que acreditaban su esforzado valor, se conservaba vigoroso y fuerte, como en sus

mejores tiempos, y no perdonaba la ida por la venida tratándose de verificar actos de justicia, pues á todos la administraba por igual, fuesen chicos ó grandes.

Era corregidor de Mahon, capital de la isla, un viejo mercader que en sus primitivos tiempos habia sido humildísimo hortera, pero que á fuerza de ahorros y paciencia habia logrado reunir un buen caudal, y además consiguió casarse con la viuda de su amo, de modo que de golpe y porrazo pasó de criado á ser amo. Con este cambio de fortuna, Belion, que así se llamaba, se fué olvidando de su orígen oscuro y humilde y fué sacando unos modales muy altaneros y soeces, que le valieron las antipatías y el ódio de todos sus convecinos. Era de un carácter muy solapado é hipócrita y todo su afan estaba fundado en acaparar mucho dinero, pues era sumamente avaro.

Prestaba á los pobres con gran usura y los despojaba de cuanto poseian, sin compasion alguna, en cuanto se retrasaban en pagarle los réditos de sus préstamos. En suma, era un hombre de la más baja ralea, de corazon ruin é instintos depravados. Este hombre era el que, en la época de nuestra historia, desempeñaba en Mahon el importante cargo de corregidor.

Tan altanero y soberbio como se mostraba con los humildes, otro tanto de servilon y adulador se mostraba con los poderosos; así es que, sobre todo con el conde Ferran, gobernador de la isla, no podia estar más cumplimentero y empalagoso, y le llevaba tan bien el aire, que el conde estaba sumamente complacido y satisfecho.

Conociendo el marrullero del corregidor que el flaco del conde Ferran eran la ciega disciplina y el exagerado cumplimiento de sus deberes políticos, procuraba tenerlo contento en este particular, á cuyo efecto organizaba patrullas y rondas por la noche, y al frente de ellas se iba por calles y encrucijadas, metiendo mucho ruido y llevando á la cárcel á más de un infeliz que no habia cometido mayor delito que el de suspirar al pié de las rejas de su adorado tormento.

Y acaeció que una de las muchas noches en que el corregidor Belion, con gran aparato de corchetes y alguaciles, rondaba por las calles de Mahon, el famoso arraez Dragut, conocido por sus fechorías con el nombre de *El Pirata negro*, dió un asalto á la ciudad en ocasion en que sus habitantes estaban muy ajenos de tener semejante visita. Inútil es decir que tan pronto como los alguaciles de Belion se apercibieron del suceso, pusieron piés en polvorosa, y el infeliz corregidor, aunque hubiera querido hacer lo mismo, no le fué posible, porque el mismo miedo que le dominaba le tuvo clavado y sin medio alguno de poder escapar.

Bien sabian los piratas de Dragut que la plaza estaba confiada al mando del conde Ferran, y creyendo que éste podria hacer pagar caro su atrevimiento, no se cuidaron de otra cosa que de hacer una sorpresa, llevándose todo cuanto pudieron y retirándose antes de que pudieran apercibirse los del conde de que Dragut se habia presentado.

En esta retirada fué cuando tropezaron con el corregidor, á

quien dieron una soberana paliza, y tan grande fué, que ellos lo dejaron por muerto, y tal lo parecía cuando á la mañana siguiente se lo encontraron los isleños tendido en mitad de una calle cuan largo era y sin mover pié ni mano.

Grande fué el coraje que le entró al conde Ferran cuando tuvo noticia del asalto que dieron los piratas, y descargando su furia en el pobre corregidor, hizo que enfermo y todo como estaba le encerrasen en un calabozo oscuro y hediondo, y allí le tuvo á pan y agua, de modo que el infeliz Belion pagó por duplicado su ánsia de mando y de ser corregidor.

El conde Ferran, que de fijo no hubiera tenido más remedio que resignarse con los desmanes de los piratas á haberlo sabido con tiempo, se mostraba irritadísimo con el corregidor, sobre quien hacía caer toda la responsabilidad de la sorpresa, y así se mostraba inexorable. Muchos se alegraban de la desgracia que le habia acaecido al corregidor, pues ya se comprende las pocas simpatías que su conducta rastrera le habia proporcionado, pero en general consideraban injusto aquel rigor, toda vez que la mision del corregidor no era la de librar á los isleños de los enemigos de afuera, sino de cuidar de los de adentro, y esto solo en lo tocante al buen órden y policía de la ciudad de Mahon.

Ello es que pasaban dias y dias y el conde Ferran no parecía ablandarse, y á tal punto llegó su crueldad que lo hubiera dejado morirse de hambre en su mazmorra á no ser por la caridad de sus guardianes, quienes compadecidos de su triste condicion le daban de comer secretamente, procurando aliviarle en sus trabajos, pero sin que el gobernador se apercibiese, pues era hombre capaz de haber castigado á los que de tal modo contravenían sus órdenes.

Esta fué la manera como el conde Ferran vengó el agravio de los piratas, del cual él sólo tenía la culpa; pues en vez de perder el tiempo en ordenar castigos, pudo muy bien atender á la defensa de la ciudad y disponer lo conveniente para evitar una sorpresa, y al mismo tiempo esto sirvió de castigo al corregidor, que por darse aires de persona importante andaba arriba y abajo todas las noches, molestando al vecindario con sus patrullas y rondas y sus abusos de autoridad, que eran tantos que no es posible enumerarlos, todo lo cual explica satisfactoriamente la poca impresion que las desventuras del corregidor causaban en la mayor parte de los habitantes de Mahon, y el escaso tino con que el conde Ferran ejercía el mando que por órden del poderoso rey D. Felipe II le habia sido confiado, en recompensa á sus buenos servicios de otros tiempos.

CAPÍTULO II.

De cómo el conde Ferran se enamoró de la hija del corregidor, y por esta causa fué éste perdonado del castigo que se le habia impuesto.

Pasaban dias y dias, y el conde Ferran no parecia ablandarse de la triste suerte que le habia cabido al corregidor, y todo el mundo se preguntaba en qué habia de parar aquel negocio, dada la severidad y rigorismo del gobernador; pero las aguas iban por otro lado, á causa de que el gobernador, á pesar de que estaba hecho un carcamal, era enamorado y libertino como él solo y entraba en sus planes la prision del mercader para realizar cierta empresa de amor que meditaba.

Y es el caso que el corregidor tenia una hija muy hermosa, llamada Evelia, de belleza tan peregrina, que era citada en todo Mahon como la más hermosa, y el conde Ferran hacía mucho tiempo que habia puesto sus ojos en ella, pues estaba hechizado de sus gracias, y alguna vez habia procurado requebrarla; pero ella lo tomaba á broma y no le hacía caso ninguno, porque estaba prendada de un jóven pescador llamado Rogelio, muchacho muy animoso y de una hermosura varonil extraordinaria.

El corregidor, antes de que le hubiera acaecido su desgracia, habia notado perfectamente las preferencias y distinciones que el conde Ferran tenia con su hija Evelia, y al mismo tiempo habia tenido ocasion de convencerse de que ella á quien preferia y amaba sobre todas las cosas era al pescador Rogelio, y como en este mundo miserable el interés suele posponerse á todo lo demás, habia imaginado allá en su mollera el corregidor de aprovecharse de las flaquezas del viejo conde Ferran y hacer todo lo posible porque aquel amor descabellado tomase incremento, pues en su nécio afan de encumbrarse saliéndose de la humilde esfera de donde procedia, imaginó casar á su hija con el conde y hacerla de este modo gobernadora y condesa, todo de un golpe, y apoderarse él de las riendas del gobierno, convirtiéndose en dueño y señor de toda la isla.

Más de una vez habia expuesto sus planes á la hermosa Evelia; pero ésta se negó rotundamente á secundarlos por la razon ya dicha de estar muy enamorada de Rogelio, y cada cual por su lado veia fracasar sus planes, pues el conde Ferran no adelantaba un paso en el corazon de la hermosa jóven, el corregidor perdia terreno en sus ambiciosas maquinaciones y el infeliz Rogelio tenia que luchar con muchos inconvenientes para entenderse con su

amada, á causa de que el marrullero del corregidor con sus rondas y patrullas no le dejaba ocasion de hablar con Evelia.

Así estaban las cosas cuando ocurrió la sorpresa del pirata Dragut y la mala ventura del corregidor, y como queda dicho, pasaban dias y dias sin que pareciera ablandarse el rigor del conde Ferran. Y á tal extremo llegaron las cosas, que Belion, aburrido de verse prisionero, y viendo que nadie se interesaba por él, escribió á su hija Evelia suplicándole fuese á interceder cerca del conde Ferran para que le concediese el indulto y le pusiese en libertad.

A Evelia, antes de que le escribiese su padre, ya se le habia ocurrido acudir al gobernador impetrando gracia para el infeliz prisionero; pero diversas consideraciones le habian hecho aplazar su propósito, pues aparte de que el corregidor no habia sabido captarse el amor de su hija por ser un padre egoista y tacaño, lo cual explica el despego que Evelia sentia hácia él, la habia detenido la consideracion de que el conde Ferran, abusando de su posicion, volviese á la carga en el asunto de sus ridículos amores. Pero todavía habia otra razon que pesaba mucho más en el ánimo de Evelia para no apresurarse mucho en libertar á su padre, y era que, libre de su presencia, podia ver á su adorado Rogelio sin estorbos ni cortapisas de ningun género, y consagrada por completo á su amor, se olvidaba de todo lo demás.

Pero las cosas no podian seguir así, y era preciso tomar una determinacion, la cual no fué otra que la de presentarse Evelina en casa del gobernador á pedir el indulto de su padre. Recibióla el conde Ferran con apariencias de severidad, pero en el fondo regocijadísimo de que fuese la hija del corregidor la que por él abogase, y aunque tenia el firme propósito de conceder la excarcelacion de Belion, hizo como que se negaba á fin de dar lugar á que Evelia intercediese más y más. En suma, lo que deseaba el viejo marrullero del conde Ferran era prestar su condescendencia como un raro ejemplo y un favor extraordinario, á fin de que Evelia se lo agradeciese y se mostrase con él más blanda de lo que hasta entonces habia sido.

Salió de la cárcel el corregidor, y su primer acto fué el de ir á arrojarse servilmente á los piés del conde Ferran, el cual le echó una buena sermonata por su descuido, y le dijo que si no hubiera sido por las vivas instancias de Evelia no le hubiera indultado; pero que esperaba que se lo sabria agradecer y que se enmendaria en adelante. Belion, á quien no costaba mucho trabajo hacer ofrecimientos y protestas de enmendarse, prometió ser bueno, y el gobernador lo fué mucho más confirmando al miserable mercader en el cargo de corregidor que anteriormente desempeñaba, y á más de esto le dió facultades omnímodas para hacer y deshacer cuanto y como se le antojase, pues el viejo Ferran cada dia estaba más enamorado de Evelia, cuya hermosura era verdaderamente prodigiosa, é imaginaba que teniendo propicio al padre podria alcanzar la hija.

Entretanto, los amores de Evelia y Rogelio crecian cada vez más, y se veian secretamente á fin de no despertar las sospechas del corregidor, que muy ufano con las buenas disposiciones del

conde, volvió á sus patrullas y rondas con más ahinco que antes, como para demostrar su celo en el cumplimiento de los deberes de corregidor.

Bien sabia Belion que las deferencias que el gobernador le guardaba, más que á sus méritos personales, eran debidas á la hermosura y gracia de su hija, de la cual el viejo conde estaba perdidamente enamorado, y por esto volvió á su proyecto primitivo de casar á Evelia con el gobernador, y todo se le volvia dar vueltas al asunto, pareciéndole de solucion fácil, pues ella era buena hija y se prestaria gustosa á semejante plan, y el conde Ferran era de suponer que no le hiciese ascos al proyecto, toda vez que era un cumplido caballero y no habia de procurar el logro de sus deseos por caminos reprobados y tortuosos. No necesitó Evelia esforzarse mucho para adivinar en la preocupacion de su padre cuánto tramaban los dos viejos; pero disimuló, esperando á que de una manera concreta la hablasen del asunto para dar una rotunda negativa.

Como tenia que suceder, llegó un momento en que los vehementes deseos del gobernador y las aspiraciones del corregidor llegasen á un completo acuerdo, y entonces empezaron á menudear en casa de Belion las visitas del conde; pero á Evelia nunca le faltaban pretextos para retirarse, y unas veces era la jaqueca, otras el sueño, otras quehaceres urgentes, de modo que nunca se podia lograr de ella que compareciese. En cambio, se avistaba secretamente con su adorado Rogelio, para quien reservaba toda su alegría y buen humor.

En vista del mal éxito de estas gestiones, tomaron otro rumbo las maquinaciones de los dos viejos, y discurrieron que el conde Ferran diera en su casa grandes reuniones, á las que serian invitadas las familias más acomodadas de Mahon, y de este modo pensaban lograr que Evelia, acompañada de su padre, acudiese, y poco á poco se iria estableciendo aquella intimidad que tanto apetecian el uno y el otro para el respectivo logro de sus fines. Comenzaron, pues, las dichas reuniones con todo el boato y el lujo necesarios, y Evelia, no pudiendo evadirse completamente de los deseos de su padre, acudió; pero estaba tan séria y despegada con el gobernador, que no habia medio de que las cosas entrasen por el camino apetecido. El gobernador se daba á todos los diablos con la indiferencia de Evelia, y cuanto mayor era el desden de la jóven, más se acrecentaban sus amorosas ánsias, en términos que ya no podia hallar momento de reposo, y comprendió que no podria ser feliz sin hacer á Evelia su esposa. Por su parte, el corregidor estaba enojadísimo, y todo se le volvia amonestar á su hija para que se mostrase complacida á las atenciones del conde, y llegó hasta afearla por su ingratitud hácia él, toda vez que por ella habia sido clemente con Belion sacándolo de la cárcel; pero procuraba estar atenta y obsequiosa con el gobernador, mas no expansiva, y de este modo atajaba á su padre diciéndole que estaba sumamente agradecida á las bondades del conde, que tanto se habia interesado por ellos; pero de aquí no la sacaban.

Así iba pasando el tiempo sin que el conde Ferran adelantase un paso, y tanto llegó á aburrirle el desden de Evelia, que un dia

llamó al corregidor, y sin ambajes ni rodeos le dijo que estaba enamorado de su hija y resuelto á hacerla su esposa, y que estaba sentido por el poco agradecimiento que se le tenia, de todo lo cual hacía responsable á Belion, cuya ingratitud no tenia ejemplo. El corregidor se excusó como pudo é hizo nuevas protestas de sus buenos deseos, y el resultado fué que el conde le dijo que si no hacía todo lo posible por convencer á Evelia, que no respondia de lo que podia suceder, y que estaba dispuesto á retirarle al corregidor toda su proteccion y nombrar á otro para su cargo, lo cual causó en Belion un efecto desastroso, hasta el punto que dijo al conde que se sosegase y que, ó poco habia de poder, ó su hija sería la esposa del conde, pues estaba resuelto, de grado ó por fuerza, á que se sometiese á sus designios.

CAPÍTULO III.

En que se refiere el diluvio de palos que equivocadamente cayó sobre las espaldas del corregidor, la prision de Rogelio y el motin popular fraguado por Evelia en favor de su amante.

Excusado es decir que con las amenazas del conde, el corregidor tomó muy á lo vivo el empeño de reducir á la obediencia á su hija, y así, sin más ni más, la planteó resueltamente la cuestion del casorio; pero si el mercader era terco de condicion no lo era menos su hija Evelia, y tan pronto fué dicho el propósito como negado, de lo cual cobró gran ira el desairado padre, y echándolo todo á barato dijo que habia de hacerse su volundad, y ella le respondió una y mil veces que no, y que antes consentiria en meterse monja que dar su mano á un vejestorio tan emperegilado y feo como el gobernador, y puesta ya en el disparadero, se desató en improperios contra el conde, poniéndole de vuelta y media y á su propio padre le echó en cara su vanidad y ambicion, que le llevaba al extremo de hacer desgraciada á su hija. Y tal hartura se dió de llorar, que el corregidor aburrido salió echando pestes por la boca y la dejó encerrada, desesperado de no poder hacer su gusto.

Pasados algunos dias, en que Belion creyó hallar más preparada á su hija, volvió á la carga, y ella, como una leona, se volvió á su padre y le dijo que no habia de ser tal como él lo pensaba, que en jamás de los jamases se habia de casar con el conde y que el que tenia de ser su marido era el pescador Rogelio, á quien no servia el gobernador para descalzarle, con todas sus riquezas y sus afeites y su condado.

Oyó el corregidor todo este discurso con gran calma, efecto del muchísimo coraje que le dominaba, y no pudiendo desahogarse de

otro modo, le dió á Evelia una gran paliza; pero de ningun modo pudo lograr que la jóven se sometiese, antes al contrario, cuanto mayor era la tenacidad del padre mayor era la resistencia de la hija, y no hubo medio de que se entendieran.

Marchóse el corregidor á ver al conde, y todo desconsolado le refirió la escena ocurrida en su casa, y echaba la culpa de todo al pescador Rogelio, á quien habia que castigar á todo trance. Oyóle con mucho sosiego Ferran, y sonriéndose malignamente, dijo que como no hubiera más obstáculo que ese, estaba seguro de vencerle, con lo cual volvió la calma al atribulado espíritu del corregidor, que temia el enojo del conde como si fuera un nublado.

Mientras tanto, Evelia tuvo con su Rogelio una entrevista secreta y le dijo el peligro que sus amores corrian, la tenacidad de Belion y la perseverancia del conde, con todo lo demás que era pertinente al caso, avisándole que en lo sucesivo anduviese con cuidado, pues á ella le daba el corazon que alguna cosa mala le tenia que suceder á Rogelio, puesto que era un obstáculo que se oponia á los planes del gobernador y de Belion.

Rogelio procuró tranquilizar á su amada y le dijo que tenia un proyecto muy bueno para engañar á los dos viejos, el cual lo tenia que madurar bien, y que en cuanto se decidiese a ponerlo en práctica se lo comunicaria para que le ayudase, y que puesto que habia peligro en verse por la noche á través de la reja, que ya no se verian y se comunicarian por escrito por medio de una viejecita que iria todas las mañanas á pedir limosna á la puerta del corregidor.

Muy bien le pareció todo esto á Evelia, y muy satisfecha de las buenas disposiciones en que se hallaba Rogelio se retiró á descansar pensando en cuál seria el proyecto de su amado, y dispuesta á secundarlo y ayudarle con todas sus fuerzas.

El viejo Ferran, con la confidencia del corregidor relativa á los amores de Rogelio, determinó jugarle una mala pasada al jóven pescador, y para realizar su designio mandó llamar á cuatro jayanes robustos y fornidos, y les dijo que á tal hora y en tal sitio por la noche verian un hombre agazapado en una reja, y que en cuanto le viesen, sin aguardar á más, descargasen sobre sus espaldas buena lluvia de palos, y para remate le trajesen maniatado y preso ásu presencia. El corregidor, por su parte, no menos ansioso de castigar el atrevimiento de Rogelio y queriendo sorprenderle, se fué de callada á mitad de la noche á la reja de su hija Evelia, pensando encontrarle allí y armarle un laberinto; pero no lo encontró, y cuando estaba más descuidado observando por la reja qué es lo que pasaba dentro, se llegaron muy silenciosos los emisarios del gobernador, los cuales, sin encomendarse á Dios ni al diablo, descargaron tal nube de garrotazos sobre las espaldas del pobre Belion, que le pusieron como nuevo. En vano daba voces el corregidor pidiendo auxilio, é invocando las prerrogativas, fueros y preeminencias de su cargo; inútilmente los amonestaba con la responsabilidad en que incurrian por su desacato á la autoridad; ellos, sin hacer caso y fieles al mandato del conde, proseguian bravamente su faena, y cuando ya se hartaron y le molie-

ron bien los huesos al desventurado mercader, lo maniataron, y sin escuchar sus quejas, lo llevaron á la presencia del gobernador, quien lleno de sorpresa deshizo el error, pero no pudo evitar el molimiento de su desdichado amigo.

Cuando el corregidor se enteró de que aquella paliza iba destinada á Rogelio y que él por adelantarse en todo se la habia echado encima, se mesó los cabellos de desesperacion y juró y perjuró que se las habia de pagar todas juntas. Corrió la noticia de la burla por todo Mahon, y todas las gentes se alegraron mucho de la equivocacion, y pudo Rogelio enterarse perfectamente del gran peligro que corria, por lo que le escribió á Evelia por conducto de la viejecita participándole sus planes y pidiéndole dinero para ponerlos en práctica. Ella los aprobó entusiasmada y le parecieron de perlas, por lo cual excediéndose á sí misma y mermando los caudales de su padre, le envió buena cantidad de dinero con que pudiera emprender sus proyectos.

A todo esto el corregidor y el conde, cada cual por su lado, no descansaban en la tarea de dar caza al pobre Rogelio, y un dia que éste regresaba de la inmediata isla de Formentera fué hecho prisionero por las gentes del corregidor, el cual, sin andarse en escrúpulos de ningun género, lo zampó en la cárcel.

Mucho la agradó al conde Ferran la actitud del corregidor en apoderarse de Rogelio, y le dijo que esto le reconciliaba en su amistad y que tenia pensamiento de premiarle en atencion á sus buenos servicios, y que respecto al pescador cautivo que habia tenido el atrevimiento de posar sus ojos en la hermosura de Evelia, que pensaba dejarle bien escarmentado para otra vez, y que le habia de tener metido en la mazmorra todo el tiempo que tardase Evelia en olvidarle.

Belion estaba satisfechísimo con estas lagoterías del viejo conde y se frotaba las manos de gusto, imaginando cuán favorablemente le soplaban los vientos de su ambicion; pero Evelia, que no tenia un momento de reposo, apenas se enteró de la desgracia acaecida á su amado, se dió tan buena maña, por bajo de cuerda, para soliviantar á las gentes, que de allí á pocos dias empezó á correr el rumor de que Rogelio estaba padeciendo horribles tormentos en la cárcel, lo que no era verdad, y que todo eso era en castigo y venganza de la paliza que equivocadamente habia sufrido el corregidor, con lo cual se agitó de tal manera el espíritu público, y de tal modo creció el ódio á Belion, que amenazaba estallar un conflicto, sumamente peligroso en aquellas circunstancias, por cuanto podia darse el caso de que el pirata Dragut cayese de improviso otra vez sobre Mahon, y aprovechándose de los disturbios interiores se hiciese dueño de la plaza por sorpresa.

Algunas gentes, que veian cómo iba creciendo el motin de los isleños en favor del pobre pescador, determinaron acercarse al gobernador Ferran para hacerle presente la gravedad de las circunstancias, y tanto le dijeron que el conde llegó verdaderamente á alarmarse y todavía se figuró que el conflicto era mayor de lo que realmente era, y prometió á los comisionados enterarse del asunto y resolver lo más conveniente; con lo cual ellos se retira-

ron satisfechos. No bien se hubieron marchado estos comisionados, el conde Ferran celebró una entrevista con el corregidor, y éste, que no las tenia todas consigo y que estaba firmemente persuadido de que si estallaba el motin las gentes le habian de arrastrar á él por las calles, exageró de tal modo las cosas y pintó con tan negros colores la situacion, que el conde se asustó y determinó poner cuanto antes en libertad á Rogelio, á fin de conjurar el conflicto; pero Belion, que aun en los momentos más solemnes sabia atender á sus conveniencias, dijo que lo mejor era hacerle creer á Rogelio que se le queria favorecer, y que toda vez que era pobre y en Mahon no habia de poder hacerse hombre, que se le proporcionarian recursos y todo género de facilidades para que hiciese suerte corriendo mundo. Parecióle de perlas al viejo Ferran el proyecto de alejar á Rogelio, y con gran maña recomendó al alcaide de la cárcel que le hiciese comprender á Rogelio que en Mahon solo le aguardaban disgustos, desengaños y miserias, y que lo que mejor podia hacer era marcharse del país, para lo cual él influiria con el gobernador á fin de que le indultase permitiéndole marcharse fuera de las islas Baleares. Con esta peregrina solucion el gobernador descansó tranquilo pensando que todo habia de salirle á pedir de boca, y que de un tiro mataba dos pájaros, el conflicto popular y la rivalidad del humilde pescador.

CAPÍTULO IV.

De cómo el conde Ferran llegó á soñar con Rogelio y de cómo la ausencia de éste de Mahon le causó mucho regocijo.

En cuanto Rogelio vió cómo se explicaba al alcaide comprendió que lo que se queria era que le dejase el campo libre al conde Ferran para que pudiese alcanzar el amor de Evelia, y como en los planes que Rogelio perseguia entraba el propósito de ausentarse por algun tiempo de Mahon, á fin de desorientar por completo á los viejos, quiso aprovechar aquella conyuntura que se le venia á la mano, y á fin de disimular su contento le dijo al alcaide que tenia razon en cuanto le decia, pero que solo se resignaría á abandonar á Mahon cuando viese que Evelia le despreciaba.

El alcaide, poco satisfecho con esta contestacion, se fué á ver al conde para darle cuenta de su cometido, y mientras tanto Rogelio hizo llegar á manos de Evelia un papel en que le decia que muy pronto le pondrian en libertad y que convenia á sus planes que ella hiciese creer al corregidor, su padre, al conde y á todo el mundo que nunca habia pensado sériamente en el pobre pescador y que no se peinaba para tan humildes fines; en suma, que fingiese todo

lo posible, haciendo creer á las gentes que le despreciaba y que estaba pesarosa de haber tenido semejante novio.

Tal y tan buena maña se dió Evelia en cumplir los deseos de su adorado Rogelio, que de allí á pocos dias el corregidor se las prometía muy felices pensando en que al fin y á la postre sus ambiciosos sueños se habian de ver realizados. Representaba tambien su comedia la hermosa Evelia que no dudaron ni Belion ni el conde Ferran de que realmente estaba muy pesarosa de haber tenido relaciones con Rogelio, y en esta falsa creencia volvieron á tomar fuerza sus respectivos anhelos; así fué que se reanudaron las reuniones en casa del gobernador, á las cuales asistian todas las familias bien acomodadas de Mahon, y así como antes Evelia habia hecho todo lo posible para desengañar al conde de que jamás podria resignarse á casarse con él, así ahora ponia todo su empeño en engañarle, procurando enloquecerlo, de tal manera, que el infeliz gobernador no cabia en el pellejo de pura satisfaccion, y otro tanto le sucedia al ambicioso corregidor, que ya se veia padre de una condesa y abuelo de un pequeño condesito.

El resultado de todo esto fué que se apresuró la hora de verse libre Rogelio, el cual estando un dia en su prision recibió aviso de que el conde Ferran deseaba verle y con esto fué llevado á su presencia. El gobernador con aquella severidad y rigorismo afectado de que acostumbraba á revestirse ante todos aquellos que consideraba como vasallos suyos, le dijo que el corregidor le habia mandado prender en la creencia de que él habia sido el que habia preparado la emboscada que dió por resultado el apaleamiento de Belion, en venganza de que se oponia á los amores de su hija Evelia con Rogelio, pero que enterado el conde de que era inocente no solo ordenaba fuese puesto en libertad, sino que deseando subsanar en cierto modo la equivocacion, le ofrecia toda su proteccion y apoyo para el caso de que pensase ir á correr tierras y hacer suerte. Rogelio contestó que se lo agradecía mucho y que tal vez se veria en el caso de recurrir á él si le daba alguna vez la idea de alejarse, pero que por el pronto no tenia tal pensamiento.

El conde torció el gesto ante la resolucion de Rogelio, pero lo puso en libertad, con la esperanza de que Evelia lo despreciaría y de este modo el pobre pescador veria defraudados sus deseos, y sin más ni más se despidió de él diciéndole que era libre y que podia ir á donde quisiese.

En cuanto Rogelio se vió en la calle, volvió á reanudar sus escursiones á la inmediata isla de Formentera; sin duda por convenir así á sus planes y por medio de la viejecita pordiosera, se entendía con la hija del corregidor á la que comunicaba todas sus instrucciones que ella cumplia gustosamente con toda exactitud. El corregidor Belion, de acuerdo con el conde Ferran, dió sus escusas á Rogelio por haberle metido en la cárcel y se le ofreció para cuanto necesitase, á cuyos cumplimientos contestó Rogelio diciendo que habia llegado á sus oidos que el conde Ferran estaba enamorado de Evelia, cosa que no creia, pero que si fuera verdad y Evelia olvidase sus juramentos para casarse con el gobernador, habia de hacer una que fuese sonada y que entonces sí que no le

volverian á poner en libertad. Espantóse de esta amenaza el corregidor, mucho más viendo que Evelia le ponia buena cara al conde y se mostraba arrepentida de sus amores con Rogelio, y comunicó sus temores al conde á quien refirió la plática que con el pescador habia tenido, y no fué necesario más para que el gobernador se arrepintiese de haberle dado libertad á Rogelio, pues en su fatuidad ya se daba por asesinado, pensando que Evelia verdaderamente no queria á Rogelio, sino á él.

Coincidió con ésto un desaire muy grande y muy público que Evelia le hizo á Rogelio, por tenerlo así concertado los dos amantes, y el pescador fingió que le llegaba á lo vivo el desprecio y que habia de tomar venganza. Con estas noticias estaban el corregidor y el conde que no les llegaba la camisa al cuerpo, pensando que Rogelio cometería alguna barbaridad, y como Evelia parecia complacerse en obsequiar al conde, estaba éste verdaderamente aterrado, tanto que dos ó tres veces soñó que Rogelio se le aparecia blandiendo un puñal y que se lo hendia en el corazon, sediento de venganza.

Nada habia más lejos del pensamiento de Rogelio, que el cometer semejantes atrocidades, puesto que estaba seguro y satisfecho de la lealtad de Evelia; pero como su propósito era realizar un plan que diera por resultado robar á Evelia, puesto que de otro modo jamás se la habian de dar por esposa, quería sembrar el terror entre los dos viejos á fin de que ellos mismos le facilitasen los medios de realizar su empresa.

A consecuencia del fingido desaire que Evelia le hizo á Rogelio, éste empezó á manifestar su deseo de marcharse á correr tierras para olvidarla, pues no respondia si se quedaba de lo que pudiera suceder. Estas noticias llegaron á oidos del conde, el cual respiró tranquilo y cuando Rogelio juzgó que era llegada la ocasion se presentó al conde Ferran, y le dijo: que habia pensado muchas veces en lo que le dijo al sacarle de la cárcel, relativo á la proteccion y apoyo que estaba dispuesto á proporcionarle en el caso de que pensase marcharse del país, y que como este caso era llegado, venia á ver si estaba dispuesto á cumplirle la palabra. El gobernador le alabó el propósito y le dijo que con mucho gusto le protegería, y haciéndolo como lo dijo, le entregó un gran bolson de oro y le dió recomendaciones para España y América.

Con aquel bolson y otro tanto que le sacó al corregidor, más lo mucho que Evelia pudo proporcionarle, Rogelio hizo otra excursion á la Isla de Formentera, y de allí á pocos dias se corrió la noticia por todo Mahon de que el desairado Rogelio, no pudiendo soportar los desprecios de su amada, habia determinado ausentarse é ir á correr fortuna en otras tierras, aprovechando la ocasion de estar fondado en el puerto un buque mercante dispuesto á zarpar de un momento á otro.

Y tal como se decía, así sucedió, pues Rogelio fué á hablar al capitan del barco para que le proporcionase pasaje, y de allí á pocos dias, despues de despedirse de sus amigos, se embarcó, no sin antes limpiarse las suelas de los zapatos, diciendo que se iba tan desengañado que ni el polvo se queria llevar de Mahon,

causando este suceso tanta tristeza en sus amigos como alegria en el caduco y viejo Ferran y en el solapado é hipócrita Belion.

CAPÍTULO V.

En que se dice cuáles eran los planes de Rogelio y se refiere la burla que al gobernador le hizo Evelia.

Ni el corregidor, ni el conde, se quedaron satisfechos hasta que no vieron perderse en el horizonte la galera en que iba embarcado Rogelio, y así que lo perdieron de vista regresaron gozosos á sus respectivas casas, como si se les hubiera quitado un gran peso de encima. En verdad, por muy confiado que estuviera el gobernador de sus *gracias* naturales y artificiales y del explendor de su alto empleo para estar seguro del amor de Evelia, nada iguala á la gallardía y frescura de la juventud, que es el mejor cebo para conquistar el corazon de las mujeres, y así la desaparicion del pescador tenia para su tranquilidad una elocuencia extraordinaria. Respecto al mercader, su satisfaccion reconocía otro orígen: el de verse libre de que Rogelio averiguase sus trapacerías y le hiciese pagar cara la burla.

Bien agenos estaban uno y otro de lo cercano que estaba el peligro de Rogelio con haberse ido éste tan lejos; pues lo que ocurrió fué que el jóven pescador, tan pronto como perdió tierra y se vió en alta mar, se metió en un camarote, y despojándose de sus vestiduras, se puso otras á la turca y cubrió su cabeza con un turbante negro. Hecho esto, y despues de ceñirse á la cintura un alfanje, salió á cubierta, y llevándose á la boca un pequeño silbato dió varios toques, al ruido de los cuales acudió toda la tripulacion. Cuando todos estuvieron sobre cubierta, Rogelio, con gran desenvoltura y notable despejo, les dirigió el siguiente discurso:

—«Compañeros y amigos: Desde hoy abandonamos nuestra tranquila vida de pescadores pacíficos y humildes para tomar otra más arriesgada. Ya sabeis que el conde Ferran, gobernador de Menorca, abriga la ridícula pretension de soplarme la dama, es decir, de casarse con mi adorada Evelia; pero Rogelio surge hoy poderoso del fondo de esta galera para impedir que ese viejo miserable profane con su aliento la casta y pura frente de la que muy pronto será nuestra capitana.»

Un hurra entusiasta que resonó en el espacio acogió las palabras de Rogelio, el cual prosiguió su arenga diciendo:

«Para todas las gentes del litoral de España y las costas Baleares, vamos á ser de aquí en adelante piratas turcos, mandados por el terrible arraez Dragut, llamado *El Pirata negro*, pero en

el fondo de nuestros corazones seguiremos siendo cristianos viejos y firmes creyentes del verdadero Dios. El gobernador de Trípoli, Dragut, que tan mala pasada le jugó tiempos atrás al corregidor Belion, es seguro que no piensa en frecuentar estos mares, por cuya razon tenemos el campo libre para nuestras maniobras, que no serán otras que la de saquear á los ricos y socorrer á los pobres, viviendo á costa de los primeros en beneficio de los segundos.»

Con vivas muestras de regocijo acogieron los camaradas de Rogelio estas manifestaciones, y bien claro se veia en sus rostros la satisfaccion de que se hallaban poseidos con la mudanza de vida.

Para solemnizar este acontecimiento celebróse una gran fiesta dentro del buque y en amistoso y fraternal banquete se entregaron todos á las delicias de su nueva situacion.

Concluida la fiesta, Rogelio mandó á todos que se vistieran de turcos y que en lo sucesivo se le llamase Dragut el pirata, y dispuso que se izase el pabellon otomano en el palo mayor de la galera y se hiciesen en ella todos los cambios y arreglos necesarios para que pareciese embarcacion de piratas. Así se hizo, y desde entonces Rogelio comenzó su vida aventurera y se mostró en todos sus actos como un marino consumado y experto capitan.

Como se vé, el plan de Rogelio era poco favorable para los intentos que imaginaban llevar á cabo el corregidor de Mahon y el conde Ferran; pues aquel pobre pescador, á quien pensaban haber engañado tan fácilmente, iba á tratarlos desde entonces de potencia á potencia, y surgía de pronto con un poder fuerte que no tardaría en dejarse sentir de una manera formidable.

Hé aquí cómo se habia efectuado esta maravillosa transformacion de Rogelio. Pensando en sus cuitas estaba el pobre pescador en su lancha, lamentándose de que sus tranquilos y puros amores hácia Evelia, tan finamente correspondidos por ella, fuesen turbados por la empalagosa pasion del viejo conde y la impertinente vanidad del corregidor, cuando se acordó del asalto que dió el arraez Dragut á la isla y el soberbio palizón que le dió al mercader.

—¡Oh! ¡si yo pudiese tener á mi disposicion un barco y unos cuantos camaradas decididos,—decía el pobre Rogelio,—con cuánto gusto habia de vengarme de los que me hacen sufrir!

Desde entonces no hacía más que pensar en esto y dolerse de su triste suerte, y una de las veces que conversó con su amada le participó los sentimientos que le tenian tan preocupado, caviloso y triste.

Siempre se ha dicho que las mujeres tienen en ciertos casos mucha más resolucion é iniciativa que los hombres en las ocasiones solemnes, y Evelia, que adoraba en Rogelio y queria á todo trance escapar al peligro de tener que casarse con el gobernador, lejos de desanimar á su amado Rogelio, le infundió alientos diciéndole que, sucediese lo que sucediese, ella le habia de amar siempre, y que estaba dispuesta á todo con tal de no ser condesa. Con esa perspicaz intuicion, propia de su sexo, Evelia discurrió en seguida la manera de que los pensamientos que Rogelio imagi-

naba, tan imposibles de realizar, se convirtiesen desde luego en hechos positivos. Al efecto, ella misma le infundió la idea de aprovechar las buenas disposiciones del gobernador y explotar su credulidad, y se propuso facilitar recursos á su amado para que llevase adelante sus propósitos.

No tardó Rogelio en verse dueño de grandes caudales de la manera que hemos visto, y dirigiéndose á uno de los islotes próximos tomó gente á sueldo entre los más audaces y decididos pescadores y ellos se convinieron á servirle en todo lo que necesitase, con tal de no vegetar en la miseria en aquellas pobres y desmanteladas costas. De allí se fué á casa de un viejo negociante que era dueño de una antigua galera en que solia hacer trasportes de mercancías entre las costas de Levante de España y las islas Baleares, y compróle el buque en más precio del justo, pero exigiéndole juramento de no revelar á nadie el secreto.

Juróle el negociante cuanto quiso, pues le traia cuenta, y siguiendo en un todo las instrucciones de Rogelio empezó á esparcir la noticia de una próxima expedicion de mercaderías á Valencia, con lo cual á nadie chocó el propósito de Rogelio de aprovechar aquella coyuntura para marcharse de un país donde tales y tan grandes contratiempos y desaires habia sufrido.

Evelia, bien instruida en los proyectos de Rogelio, prometió solemnemente secundarlos, y para dar tiempo á que se cumpliesen y treguas á la impaciente actividad de los viejos por que las bodas se llevasen á efecto, se fingió mala y simuló tan perfectamente dolores imaginarios y jaquecas nerviosas, que no habia más que pedir.

Asustóse el gobernador cuando supo las dolencias que padecía su prometida esposa, y pasó á verla en casa del corregidor, á cuyo punto arreciándole á la enferma los dolores hicieron necesaria la presencia de médicos, mandando el conde que fuesen á visitarla los más afamados de toda la isla, y él mismo se constituyó en enfermero de Evelia, con lo cual no fué preciso más para que la enfermedad de ésta se agravase.

Por muchas juntas, estudios y consultas que hicieron los médicos, no atinaban cuál fuese la enfermedad de Evelia, cuyo pulso era seguro y fuerte, el color sano y la respiracion natural y tranquila; pero ella se dió tal maña para llenarlos de confusion, que para salir del paso del mejor modo posible la recetaron diversas bebidas y unturas con que pudiesen sus dolores hallar alivio.

Como el viejo conde todo queria convertirlo en sustancia, como se suele decir, dió en la manía de manifestar que las jaquecas de Evelia no eran otra cosa que excitacion nerviosa propia de niñas casaderas que no ven llegado el ansiado instante de que las eche la bendicion el cura; pero la hija del mercader, comprendiendo la fatuidad del viejo conde, discurrió jugarle un mala pasada, y fué: hacerse la mimosa y trastornarle de modo, que como prueba de cariño le hacia tomar gran parte de las medicinas que le recetaban los médicos, mientras ella, haciendo como que las tomaba, no las dejaba pasar de los labios.

El gobernador, creyéndose obligado por las finas caricias de su

adorado tormento, á corresponder de algun modo á sus amores, hizo de tripas corazon y con la mayor complacencia y disimulando la repugnancia que le causaban, olió las únturas, probó las pociones y bebió los endiablados brevajes destinados á la curacion de su Evelia, con lo que no fué preciso más para que se le descompusiese el cuerpo y se le aflojasen los tornillos del vientre, y no paró en esto la aventura sino que se puso muy malo y le dieron vómitos y diarreas, tan aprisa y rápidamente, que los médicos se asustaron y al ver las cosas que echaba de su cuerpo llegaron á pensar que le había entrado la peste, ó sea el cólera, como ahora decimos.

Con esto cundió la alarma por toda la isla y muchos creyeron que era castigo del cielo el que sufria Evelia y el conde con sus dolencias por empeñarse en llevar adelante un casamiento tan desigual; pero todo se disipó al poco tiempo, pues asustado el conde con su indisposicion, cantó de plano y dijo que lo que tenía en el cuerpo no era la peste sino los brevajes destinados á Evelia, con lo cual los médicos se rehicieron y recetaron lo conveniente para su mayor sosiego, sirviendo esta novedad de regocijo para los isleños que se rieron en grande de la aventura y ridícula pasion del gobernador, que le habia llevado al extremo de purgarse por amor.

CAPÍTULO VI.

Del susto que tuvieron el corregidor y el conde Ferran con la noticia de estar próximo el pirata negro, y de los preparativos que se hicieron para la boda.

A todo esto, el corregidor no veia llegar el momento de las bodas de su hija con el gobernador y estaba dado á todos los diablos con la indisposicion del conde y la enfermedad de Evelia, y tan contrariado estaba con todo esto, que le faltó poco para que él cayese tambien en cama, pero todo se fué arreglando poco á poco, y el conde se fué serenando. Evelia era la que no parecia mejorarse, y cuando ya restablecido de su indisposicion se le presentó el gobernador, le riñó mucho echándole en cara su poca fortaleza y la inseguridad de su máquina que por tan poca cosa se habia descompuesto.

Afligióse el conde y prometió á su futura esposa demostrarle en el tiempo y sazon debidos su vigor y firmeza, y ella sonriendo no lo quiso creer, y como al plan suyo que con Rogelio tenia concertado, convenía irse preparando para los acontecimientos, se fué mejorando de dia en dia, en términos que muy presto se restableció del todo.

No fué preciso más para que el uno y el otro viejo volviesen á la matraca del casorio, y ella pareció dispuesta para el sacrificio nupcial; pero exigió del conde, por decoro á su elevada gerarquía y por ser ella misma la hija del corregidor, que las bodas se celebrasen con gran boato y lujo, de modo que de allí adelante fuesen nombradas como famosas. Loco de contento se puso el conde Ferran con las exigencias de Evelia, que en un todo convenian con su particular propósito, y á fin de que todo saliese á la medida de sus deseos, empezaron á hacerse los preparativos para la boda, y se señaló dia para su celebracion, que no fué otro que el que Evelia indicó.

El corregidor Belion se excedió á sí mismo en actividad, y de allí á pocos dias empezaron á llegar al cuarto de Evelia ricas telas y brocados, preciadas joyas y otros presentes de boda que los dos viejos á porfía le iban enviando. Todo lo de más valor y de menos bulto lo fué guardando aparte en una caja, y traia revueltas á todas las costureras y sastras mahonesas con la confeccion de sus trajes y vestidos.

Mientras tanto, Rogeliohacía igualmente sus preparativos y no perdia de vista la isla, aguardando el instante y ocasion oportuna de obrar, y para hacer boca, ó mejor dicho, irse anunciando como verdadero pirata, determinó asaltar la isla de Formentera, que está muy cercana á la de Menorca, y no dejó títere con cabeza; bien es verdad que la tal isla no tiene nada de firme ó fuerte, porque sus habitantes son todos ellos cazadores y pescadores que viven en cabañas muy rústicas, y son muy pocos en número.

Con todo, la noticia de que andaba cercano el pirata negro se supo en seguida en Mahon, pues ya tuvo muy buen cuidado Rogelio de echárselas de terrible con los formenteros y aun de hacer como que perdonaba la vida á un pobre diablo con tal de que llevase á Menorca la nueva de sus hazañas, y no hay para qué decir el espanto con que los mahoneses esperaban de un momento á otro verse sorprendidos por el feroz arraez Dragut, que así se llamaba el verdadero pirata; pero sobre todo á quien asustó y preocupó de veras tan desagradable noticia fué al corregidor y al conde Ferran; el primero porque ya habia sido baqueteado en la ocasion anterior por los malditos turcos, y no tenia muchas ganas de volver á verse entre ellos, y al segundo porque sus fanfarrias, hechas al abrigo de la impunidad, pues no habia sombra ni rastro por donde se pudiese colegir que el pirata negro andaba por aquellos mares, le tenian comprometido de tal modo, que los mahoneses tenian la certidumbre de que habian por gobernador, no á un gallina, como verdaderamente era el conde Ferran, sino al mismo duque de Alba, que tan bien puesto habia dejado tiempos atrás el pabellon español en tierra de flamencos.

Ello es que, tanto al buen Belion como al gobernador, no les agradó poco ni mucho tener que habérselas con el pirata, de quien se contaban cosas terribles, y cuyos instintos sanguinarios habian llegado á ser tan proverbiales en la isla, que bastaba que las nodrizas ó las madres hablasen de él, para que al punto callasen los niños en sus gemidos, por muy llorones que fuesen.

Para mayor desgracia, la guarnicion militar de Mahon nunca se habia visto tan mermada de tropas como entonces, y al bravucon del conde le temblaban las carnes á la sola idea de que pudiese venir el pirata, pues no tenia gentes bastantes para ser puestas en órden de batalla y aguantar la acometida del terrible Dragut.

La única persona que estaba tranquila en toda la isla, y aun gozosa con las noticias que circulaban, era Evelia, porque sabía muy bien que la sola que se hallaba en verdadero peligro de ser robada por el pirata era ella, y á la verdad deseándolo estaba; que no hay mozuela ni aun mujer madura á quien no agrade ser robada por un hombre, así sea más pirata que el primero de los que ejercieron este arriesgado y por todo extremo fatigoso oficio, cuanto ni más por el elegido de su corazon, como á Evelia sucedia.

Acercábase á toda prisa el momento señalado para las bodas, y como seguian cada vez más seguras las alarmas, pareciole bien al gobernador demorar el casamiento para cuando las cosas estuviesen en su estado natural, y poder dedicarse con todo sosiego á la ingrata empresa de rechazar al pirata si por acaso le entraban deseos de asaltar á Mahon; pero semejante dictámen no fué del agrado, como era natural, de la hermosa Evelia, dado que todos los planes suyos y de Rogelio, basados en el instante mismo de verificarse el matrimonio, se venian al suelo; y mucho menos le agradó al corregidor semejante demora, pues ya tuvo buen cuidado su hija de hacerle entender que si el gobernador daba largas al asunto, no era por otra cosa sino porque se habia arrepentido de casarse con ella, y que tal afrenta no se podia sufrir, pues hasta los chicos de la calle los habrian de chiflar en cuanto se penetrasen de que despues de tanto ruido todos los proyectos de emparentar con el conde Ferran se habian convertido en agua de cerrajas.

Esta es la razon por la cual Belion, el antiguo mercader, no perdonaba la ida por la venida, creyendo á puño cerrado que todo cuanto le decia su hija Evelia tocante al desviamiento del gobernador era cierto, y así, abocándole de improviso, le participó que si no se casaba en el dia y hora anticipadamente señalados, en ninguna otra se habia de casar con Evelia, y que así que mirase lo que hacía, pues su hija estaba resentida con tantas dilaciones, y no estaba dispuesta á esperar ni dilatar el matrimonio ni un solo minuto de aquel que de antemano habia sido marcado.

Como Ferran verdaderamente deseaba verse dueño de la hermosa Evelia y no tenia más razones ni motivos para retardar la boda que el temor de que se le aguase la fiesta con la temida presencia del pirata negro, pues le daba corazonada que algo malo le habia de pasar, apechugó con todo y dijo al corregidor que se aquietase, que su palabra era como de rey, y que en el punto y hora marcado para la boda se habia ésta de celebrar, así se juntase el cielo con la tierra.

Sosegóse con estas seguridades el corregidor, y atento á su principal deseo, no se preocupó de otra cosa que de disponerlo todo

para el casamiento. Evelia le dejó hacer todo cuanto quiso, bien persuadida de que habia de ser todo inútil, y respecto al gobernador, procuró mostrarse con él más cariñosa y zalamera que nunca, á fin de estorbarle los preparativos de defensa para el caso de que el pirata negro se presentase.

Nada receló el conde de tales mimos, que le parecieron cosa muy corriente en una muchacha casadera, y como era sensible al amor como un árabe, se dejó adormecer por los halagos de Evelia, á cuyo lado se le pasaban como un relámpago las horas que le hubieran sido precisas para organizar sus soldados y fabricar parapetos con que poder rechazar á Dragut.

Así las cosas, Ferran recibió avisos como no habia vuelto á presentarse el pirata en ninguna de las islas del archipiélago Balear, y aun le llegaron noticias oficiales de que Dragut, donde verdaderamente se hallaba era en las costas de Italia, por cuya razon volviéronle al cuerpo los perdidos ánimos y se mostró campechano, decidor y alegre como tenia de costumbre.

Dió órden para que acudiesen á la fiesta de su boda todos cuantos quisiesen, y mandó que le alzasen arcos de ramaje por donde habian de pasar los novios, y que corriesen fuentes de vino y circulasen por todas las calles de la ciudad músicas y dulzainas, con lo cual cobró bien pronto la isla un aspecto risueño y alegre como muchos años hacia no se habia visto.

El corregidor, no cabiéndole la satisfaccion en el cuerpo, andaba hecho un azacan arriba y abajo, dando disposiciones, como corregidor que era, para el mayor lucimiento, de modo que todo el mundo andaba afanoso con la tal boda, y chicos y grandes no veian llegar la hora de que comenzase la fiesta, con tanto rumbo anunciada, y esperada con tanto ahinco.

CAPÍTULO VII.

De la sorpresa que el conde Ferran y el corregidor sufrieron con la presencia del pirata y demás sucesos que se verán.

Como no hay plazo que no se cumpla, el por tantos y tan diversos motivos ansiado por todos para la boda del conde Ferran, llegó por fin, y la mañana del gran dia se anunció con salvas de artillería en los fuertes del puerto, con repique general de campanas, como si fuera fiesta de precepto, con músicas y otros regocijos dispuestos por el vanitonto del corregidor.

Desde muy temprano el conde Ferran empezó su tarea laboriosa de restaurarse el rostro y aderezar la personilla, y como la ocasion era solemne, se excedió en los retoques y quedó la figura más rara que cabe imaginar. Vistióse chupa de seda con vueltas verdes y calzon de raso con medias azafranadas, zapatos de becerrillo con hevillas monumentales, y un sombrero alto de copa y estrecho de ala, como por entonces se usaban, completando el marco de su persona una complicada gola de fina tela de Holanda, y baston con pesadas borlas como atributo de su autoridad.

Como el conde era un tanto aficionado á la bebida y tenia la nariz roja, ésta hacia tal contraste con las vueltas de la casaquilla, que como queda dicho eran verdes, que simulaba la más perfecta figura de papagayo. El, sin embargo, se contempló al espejo con marcada satisfaccion, y puede asegurarse que en todos los dias de su vida habia sido tan feliz como entonces, á juzgar por la sonrisita que colgada de sus lábios, haciendo pareja á la destilacion de su nariz.

No se emperegiló menos el corregidor, que ya se figuraba suegro del conde, y se acicaló tanto y tan extemporáneamente que las ropas le hacian cosquillas y andaba como empaquetado dentro del juboncillo con alamares, que le servia de casaca, y la gola, de puro tiesa y almidonada, le hacia llevar la cabeza en alto, bien así como suelen llevarla los criados y palafreneros del rey.

Todo el mundo se reia viendo su extraña figura, y él tomaba por ovacion á su persona las burlas de que era objeto, como suele acontecer á todos aquellos que tienen ocupado en el cerebro el lugar de la discrecion, por la necedad y la extravagancia.

Evelia, más por convenir á sus planes que por lucimiento á la fiesta, se vistió con todo lo mejor que tenia y se puso sendas gargantillas de aljófar, perlas y pedrería; llenóse las muñecas de pulseras ricas en valor y adornó sus orejas con los más costosos zarcillos, de modo que bien se puede decir que llevaba encima de su persona una verdadera fortuna. Además de esto, adornó su cabeza con rica diadema de brillantes, cual correspondia á una condesa, y el pecho lo llevaba prendido con alfileres y punzones cada uno de los cuales valia de por sí muchas talegas.

Llegó por fin el instante de que se firmaran los contratos de boda y apareció el conde en casa del corregidor seguido de muy lucido acompañamiento, contoneándose como pavo real, y al poco rato de haber entrado en casa de su amada, y en el momento mismo en que todos los invitados estaban ocupados en tomar el refresco que se habia dispuesto, oyéronse en la calle disparos de arcabuz y agitacion extraña.

Nadie dió importancia al tiroteo pensando que serian salvas de pólvora dispuestas en obsequio de los novios; pero cuando estos, ó por mejor decirlo, el conde estaba más entregado á la contemplacion de su dicha, entró jadeante un pobre diablo y con desfallecido acento exclamó:

—¡Válganos Dios, pues el pirata negro Dragut está en Mahon!

Una bomba que hubiera caido á los piés del conde y del corre-

gidor no les hubiera hecho tan fuerte impresion como la nueva de que el pirata se hallaba dentro de la ciudad; y antes de que tuvieran tiempo de reponerse de la sorpresa, penetró el supuesto pirata, que no era otro que Rogelio disfrazado de turco, en la estancia seguido de una legion entera de perros turcos, que tal pareció al conde la gente que traia, y sin hablar palabra, empezó á dar tales tajos y mandobles con el alfanje, que en pocos minutos despejó la sala donde se estaban celebrando los esponsales.

En menos que canta un gallo, las gentes de Rogelio sujetaron al gobernador y se lo llevaron, y Evelia, que yacia desmayada sobre un divan, fué tomada en brazos por el pirata. Mientras tanto el corregidor, se metia bajo siete estados de tierra, pues su mucho miedo le hizo bajar á los sótanos y esconderse dentro de un tonel que estaba de vacío.

Los falsos piratas, aprovechándose de la confusion que su inesperada presencia habia infundido, entraron á saco la casa del corregidor y el palacio del conde, y despacharon su cometido en un santiamen, y al marcharse dejaron un cartel clavado en la puerta del gobernador, que no era otra cosa que una especie de bando firmado por Dragut en que se imponia pena de la vida á todo mahonés que en término de dos horas fuese encontrado en la calle, con otras penas terroríficas y mandatos que no tenian otro objeto que el de ganar tiempo.

No fué precisa más de media hora para que la galera del pretendido Dragut zarpase del puerto, llevándose á bordo á Evelia, que volvió en sí tan pronto como su querido Rogelio pisó las tablas del buque, y tambien al desdichado conde Ferran, que maniatado y sujeto yacía sobre cubierta, tirado como fardo de mercancía ordinaria.

Puede juzgarse cuál seria la dolorosa impresion del conde Ferran, viendo que su adorada Evelia y el terrible Dragut no cesaban de abrazarse, pero con tal entusiasmo, que no parecía sino que toda la vida se habian conocido. El miedo por una parte y el coraje por otra, hicieron tal huella en su atribulado espíritu, que le dió un desmayo, y como nadie hacia caso de él, pasó las angustias del soponcio con la misma consideracion que un perro; pero si grandes eran sus torturas, no eran menores las del corregidor dentro del tonel, que se pasó cuatro dias en su escondrijo sin osar salir de allí por temor de que los turcos lo descabezasen, ó el conde Ferran, gobernador de la isla, le pidiese otra vez estrecha cuenta de su conducta.

Bien ageno estaba el cuitado de la desgracia acaecida al gobernador, y cuando con infinitas precauciones se determinó á salir del sótano y no percibió ruidos, se enteró de cuanto habia pasado, llorando por muerto al gobernador y por siempre jamas perdida á su hija Evelia, que por todas las trazas debia haber sido forzada por los infames piratas.

Mucho se apesadumbró Belion de tales desdichas, pero al cabo entró en reflexion de que peor hubiera sido no verlo, es decir, haber sufrido la triste suerte del conde y de su pobre hija Evelia, dado que el propio pellejo es lo que más estima la criatura, por

grande que sea el amor que tenga á las otras cosas que le rodean, y con estas consolaciones cayó en la cuenta de que Menorca no tenia gobernador, y que puesto que habia quedado él para contarlo y era tan corregidor como antes, lo que más urgia era restablecer el principio de autoridad, para lo cual se adjudicó él mismo el cargo vacante de gobernador de Menorca, por supuesto en calidad de interino y mientras la real majestad de D. Felipe II determinaba quién habia de ejercer en propiedad el gobierno de la isla.

Hízolo como lo habia pensado, y acordándose del tan sabido refran de que á rio revuelto ganancia de pescadores, discurrió que muy fácilmente podria hacer méritos para que el rey, de gobernador interino que se nombraba él á sí propio, le ascendiese en propiedad al dicho puesto, y para esto no halló mejor modo que escribirle al rey, haciéndole una detallada relacion del suceso, describiendo la entrada del pirata con todos sus detalles, ensalzando mucho sus individuales méritos, y rebajando, como es natural, los del conde Ferran, á cuya ineptitud y descuido achacaba todo el fracaso, por aquello de que los muertos no hablan.

Mientras tanto, á bordo de la galera en que iba Rogelio tuvo lugar una completa mutacion, y fué que Rogelio dió órden de abatir el pabellon otomano y todas cuantas insignias hacían parecer sospechoso al buque, mandando asimismo que se izase la bandera española, y para que la transformacion fuese más radical dejaron todos los tripulantes, y él el primero, sus arreos y vestimentas de piratas turcos, todo lo cual sucedió á la vista del infeliz conde Ferran, que demasiado tarde cayó en la cuenta de que el tal pirata negro no era otro que el pescador Rogelio, y por si no hubiera querido dar crédito á lo que veian sus ojos, él mismo en persona se lo dijo, cuyas palabras fueron testimoniadas por Evelia, que llevó su crueldad hasta el extremo de llamarle viejo loco y de abrazar y mimar en su presencia al gallardo Rogelio.

Imposible de decir es el sofoco interno y la rábia que ahogaba al triste conde Ferran, viéndose burlado sin consideracion ninguna, por la que él soñaba habia de ser su esposa, y ciego de ira insultó á grandes voces á Rogelio, diciéndole que bien sabia lo que se habia hecho al maniatarle, pues á verse libres sus manos no habian de quedar sin castigo las chanzas; oido lo cual por Rogelio, se fué hácia él, y con la mayor tranquilidad le cortó las ligaduras que le tenian sujeto, y por sí mismo le alzó del suelo, diciéndole:

—No mereces que yo lidie contigo, viejo estulto; pero para que veas que me rio de tus baladronadas, ya estás en disposicion de retarme.

Al propio tiempo que esto decia Rogelio, desciñóse un sable corto que á la cintura llevaba, y dándoselo al conde, le dijo:

—Desarmado estoy, toma mi sable y sirvete de él en contra mia, y verás qué presto él y tú pereceis hechos pedazos á mis manos.

Callóse Ferran por prudencia, conociendo que su edad le impedia salir airoso del lance, pero alzando el puño en señal de amenaza, se dirigió á Evelia con ánimo de atravesarla el cuerpo con el sable de Rogelio; pero éste, que le conoció la intencion, acudió

á tiempo, y desarmándole, mandó que le pusiesen en las manos unas argollas y lo dejasen suelto por el buque, para que pudiese ir por donde quisiese, sin más limitacion que la de las manos, yéndose á esconder su vergüenza y su rábia al fondo del buque, en el sitio que llaman bodega los marinos, y que no es otra cosa que un verdadero desván, donde se arrinconan todas las cosas que no sirven.

CAPÍTULO VII.

Como Rogelio se dirigió á Valencia y del recibimiento que tuvo y como despues marchó á Mahon, donde lo recibieron en palmas.

Pasados algunos dias en que Rogelio y Evelia pasearon su felicidad por todo el litoral del Mediterráneo, á ciencia y paciencia del infeliz conde Ferran, que mal de su grado tenia que presenciar la satisfaccion de los enamorados jóvenes, determinó Rogelio tocar tierra en un punto de la costa de España, y asi dirigiéndose hácia Valencia con todas las velas desplegadas y con el pabellon español izado, entró en el puerto saludando á todas las demás embarcaciones que allí se hallaban ancladas.

Inmediatamente pasó á visitar á las autoridades, y allí dijo: que estando haciendo una escursion de placer por el mar, tuvo la desgracia de tropezar con el arraez Dragut, conocido por el pirata negro y que viéndose en el trance de someterse á él ó presentarle batalla, optó por esto último, habiendo tenido la fortuna de vencerle y además haber libertado al conde Ferran, gobernador de Menorca y á una hermosa dama mahonesa que con él iba, los cuales habian sido hechos prisioneros por Dragut en el asalto dela ciudad de Mahon, y añadió quc sin duda la terrible impresion que el suceso de su captura por el pirata debió producirle en el ánimo al conde, le habia trastornado las facultades mentales, pues bien claro se echaba de ver en su manía de insultar y apostrofar á quien le habia hecho la señalada merced de librarle de las garras de los piratas turcos; todo lo cual se demostraba además por la dama mahonesa, que tambien habia sido salvada y que podia certificar de ello.

Mucho regocijo causó al gobernador de Valencia el relato de Rogelio, confirmado con la mayor solemnidad en todas sus partes por la hermosa Evelia, y como ya habia llegado á noticia de las autoridades españolas el desastre acaecido en Mahon que coincidia

con la relacion detallada hecha en su escrito por el corregidor Belion, nadie osó dudar de cuanto Rogelio decia, antes al contrario se estimó mucho su conducta como un acto heróico, digno de alabanza, por cuya causa se le hizo un recibimiento muy afectuoso, y no contento con esto el gobernador de Valencia, mandó un correo extraordinario al rey, en el que se incluia el relato del corregidor de Mahon y se añadía luego el de Rogelio, completándose de este modo la historia del desastre acaecido al conde Ferran, y se ponia en las nubes el heroismo de Rogelio, que habia llegado al extremo de libertar con riesgo extraordinario á la persona del conde y la hija del corregidor de Mahon, que habian sido secuestradas por el terrible Dragut.

Inútiles fueron todas las tentativas que Ferran hizo para poner en claro la exactitud de los hechos, pues se le tuvo por loco, recusándose su testimonio y todos se compadecian de su triste estado, con lo cual él se enfureció confirmando más y más á las gentes en que la fuerte impresion sufrida cuando el asalto del pirata y el dolor de verse prisionero habia dado por resultado el que al pobre señor se le trastornase el juicio.

Como Rogelio manifestó su deseo de continuar sus viajes y Evelia le suplicó humildemente ante las autoridades españolas que le hiciese merced de conducirla á Mahon á la casa de su padre, el gobernador de Valencia quiso absequiarle, y al efecto dispuso en honor á Rogelio un gran banquete al que concurrieron todas las autoridades así marítimas como terrestres, con sus respectivas familias, de modo que tuvo ocasion de trabar amistad con todo lo más elevado de la sociedad oficial valenciana, congraciándose con su fino trato las simpatías de todos.

Para corresponder á tantas atenciones, y á peticion de algunas damas valencianas, Rogelio dispuso un gran baile sobre la cubierta del buque, lo que concluyó por popularizarle, pues tuvo tantas y tan delicadas atenciones para todos, que los dejó encantados de su finura, así es que su partida fué hondamente sentida.

No quiso el gobernador de Valencia que se fuese sin recibir una prueba de su mucho afecto y le entregó un certificado muy honroso en que iban consignados entre laudatorios párrafos los méritos contraidos en su refriega con el pirata, marchándose por fin entre el general sentimiento de todos.

El conde Ferran, como se le suponia loco, se quedó en Valencia por órden de aquellas autoridades, y como no tenia familia ni salud, dado que la razon le faltaba y era además achacoso y viejo en demasía, fué conducido y encerrado en una casa de orates por dictámen de los facultativos, que dijeron que convenia apartarle de todo aquello que le pudiese traer á la memoria los sucesos pasados.

Rogelio y Evelia, felices y contentos por el buen éxito de sus planes, tardaron todavía cerca de medio mes en dirigirse á Mahon, cuyo tiempo emplearon en visitar como simples particulares las ciudades y puertos de Tarragona, Mataró, Barcelona, Figueras, Rosas, Gerona y Marsella, y despues muy tranquilamente se encaminaron hácia su país, la isla de Menorca, y su capital Mahon

á la cual habia ya llegado la noticia del encuentro tenido en alta mar con Dragut y del rescate de Evelia y el conde, con el triste suceso de la locura de Ferran, todo lo cual habia sido comunicado al corregidor Belion por el gobernador de Valencia, de lo que todos los mahoneses se holgaron mucho, y como se les decia que el vencedor de Dragut iria á llevar á Evelia, se hicieron grandes preparativos para recibirle dignamente, sin sospechar que fuese Rogelio, el antiguo pescador y conocido suyo.

Loco de contento Belion con estas noticias, mandó que salieran lanchas á explorar el mar con objeto de que en cuanto se vislumbrase un buque con las señas de que daba cuenta el gobernador de Valencia, se lo avisasen de seguida para que los fuertes de Mahon le saludasen con salvas y pudiese hacerle la ciudad el digno recibimiento que correspondia.

De allí á poco vinieron las lanchas anunciando que en alta mar y por la parte Norte se columbraba el buque en que por las señas debia venir Evelia, pues traia izados los pabellones de España y de la isla de Menorca. No fué necesario más para que incontinenti se echasen á vuelo las campanas y se colgasen de ricas telas todas las ventanas y balcones de la ciudad, y á más de esto zumbaron en el espacio los cañonazos de bienvenida, y salieron hasta la barra infinidad de barquillas y lanchas deseosas de recibir con hurras á Evelia y á su salvador.

Entró por fin el buque de Rogelio en aguas de Menorca á todo trapo, con las velas desplegadas y cubiertas las jarcias y palos de banderolas y gallardetes, adelantándose á recibirle el corregidor, ansioso de estrechar entre sus brazos á su querida hija. Tan pronto como ancló el buque en el puerto se precipitaron á él infinidad de mahoneses, y al punto saltaron á tierra Rogelio y Evelia entre la admiracion de todos, que no imaginaban que él fuese el vencedor de Dragut; pero la sorpresa de este descubrimiento no fué suficiente á entibiar su entusiasmo; antes al contrario, contribuyó á aumentarlo, y el recibimiento que se le hizo sobrepujó á todo lo que se esperaba.

Rogelio abrazó con el mayor cariño á todos sus antiguos camaradas, así como al corregidor, á quien mostró el honroso certificado que le habia dado el gobernador de Valencia, de lo cual todos recibieron satisfaccion y alegría, considerando como propios los honores tan bizarramente conquistados por Rogelio.

Como todos ardian en deseos de conocer la historia del engrandecimiento del jóven pescador, Evelia la contó diciendo que, una vez ido Rogelio, aconteció que una horrible tempestad sobrecogió á la galera en medio del mar, yendo por consecuencia de ella á parar á las costas de Africa, en cuyas latitudes calorosas se le desarrolló al capitan del barco una enfermedad infecciosa, de la cual murió, y como no tenia familia que le heredase y además le estaba muy agradecido á Rogelio por el esmero, solicitud y cariño que durante la travesía le habia mostrado, le nombró por su heredero universal en la hora de la muerte, en cuya virtud pasó á su poder el dominio del buque; y que al verificar su regreso hácia Mallorca, tropezó en alta mar con el pirata Dragut, que llevaba prisioneros

al conde Ferran y á Evelia, trabando combate con el turco, que dió por resultado la derrota de éste, que creyó habérselas con una galera de la marina real española, con los demás pormenores que relatados iban en el certificado del gobernador de Valencia y eran conocidos de todos.

Terminado el relato de Evelia, reprodujéronse las muestras de admiracion y entusiasmo á Rogelio, siendo llevado en triunfo á su casa entre el delirio de todos los mahoneses.

CAPITULO IX.

De cómo el rey colmó de mercedes á Rogelio y le nombró gobernador de Menorca, y de su casamiento con Evelia.

Todas las penalidades, sufrimientos y desdenes que pasaba Rogelio cuando era pescador, se convirtieron en comodidades, gozos y ovaciones despues del feliz éxito de su expedicion náutica. Desde el más alto al más bajo de los habitantes de la isla todos se sentian orgullosos de él y se disputaban á porfia el honor de saludarle y estrechar su mano, que no hay ciertamente cualidad más simpática ni que más se aprecie que la Fortuna.

Él los recibia con igual agrado á todos y aun se esforzaba por distinguir particularmente á los más humildes, con lo que su renombre subió cien codos sobre la altura á que ya habia llegado con el buen suceso de sus viajes.

El gobernador interino Belion, que tan opuesto habia sido en un principio á los amores de Rogelio con su hija, sin más causa que la de ser un pobre pescador, empezó á mirar con muy buenos ojos al afortunado Rogelio, y no hacia otra cosa desde la mañana á la noche que alabarle y decir que habia de ser su yerno aun cuando se opusiesen á su deseo todos los poderes de la tierra, y aun se dijo más, y fué que en cuanto viniese la resolucion del rey, confirmándole á él en propiedad en el cargo de gobernador que interinamente desempeñaba, habia de nombrar á Rogelio corregidor de Mahon, para que todo se quedase en casa.

En esto llegaron noticias de como el conde Ferran habia muerto en su encierro de la casa de Orates, con la más extraña manía que imaginarse puede; es á saber, con la de darse cabezadas en las paredes diciendo que bien empleado le estaba cuanto le sucedia por haber querido violentar las leyes de la naturaleza pretendiendo que la hija del mercader le prefiriese á un jóven y gallardo

mancebo, siendo él un viejo carcamal, tan reñido con las lecciones de la experiencia que se habia dejado engañar como un chino, de todo lo cual echaba la mayor culpa al truhan del mercader Belion, que le habia metido en semejantes trotes. En suma, que murió bien castigado por sus rarezas y presunciones, que le condujeron de la más alta distincion á la más inaudita de las indiferencias, puesto que siendo cuerdo murió en opinion de loco, aunque á la verdad no demostró mucho su cordura en el último período de su existencia.

Mucho sintieron Evelia y Rogelio la desgracia del conde Ferran, y sobre todo Rogelio, que en medio de su rivalidad amorosa, le estaba muy agradecido por los auxilios que tan de buena gana le proporcionó para llevar adelante sus propósitos de viajar y hacer fortuna; pero en cambio el mercader Belion, lejos de sentirlo, pareció alegrarse, tal vez porque así tenia más seguridades de que el rey le nombrase gobernador; pero lejos de suceder las cosas tal y como él deseaba, ocurrió que llegaron á Valencia las contestaciones del rey, en las cuales se mostraba altamente satisfecho de la conducta heróica de Rogelio, concediéndole como premio de su valor el título de conde del Socorro, para sí y sus sucesores, en memoria del muy oportuno que proporcionó á los cautivos del pirata Dragut á quienes libertó y salvó de perecer á manos del turco, y á más de esto, como prueba de su real afecto, le nombraba gobernador de la isla de Menorca, mandando que el de Valencia, en su real nombre, le diese posesion con arreglo á las prácticas y usos establecidos.

La primera noticia que se tuvo en Mahon de la resolucion del rey, fué la llegada del gobernador de Valencia, que con su lucido acompañamiento venia á cumplimentar las órdenes del rey de dar posesion á Rogelio del gobierno de la isla.

General contento produjo la noticia á todos los mahoneses, y fué tal su entusiasmo que le victorearon y echaron flores á su paso. El gobernador de Valencia, como era gran amigo suyo desde que Rogelio se presentó en Valencia, le felicitó por su nombramiento y le dió posesion del cargo con toda la solemnidad precisa, verificándose con tal motivo grandes fiestas á cuyo mayor lucimiento contribuyó poderosamente la animacion del vecindario.

Para que todo se completase, Rogelio le dijo al gobernador de Valencia que estaba enamorado de Evelia y como la hermosa dama, agradecida por haberla salvado de las garras de Dragut, correspondia finamente á su pasion, por lo cual tenia pensamiento de casarse, y que así le rogaba que se quedase y le serviria de padrino.

No quiso el gobernador de Valencia negarse á lo que su amigo Rogelio le pedia, y aun cuando sus ocupaciones le llamaban con insistencia á su puesto, consintió en aplazarlas y se avino con mucho gusto á apadrinar las bodas de Rogelio y Evelia, que de allí á poco se celebraron con extraordinario boato y nunca vista ostentacion y lujo, pues tomó participacion en su felicidad todo el pueblo de Mahon y aun muchos habitantes de las cercanías que acudieron atraidos por el renombre de la fiesta; á todos los cuales,

chicos y grandes, altos y bajos, supo distinguir y considerar Rogelio de tal modo que en toda la isla no habia más que un solo esfuerzo y una sola voluntad para bendecirle.

Marchóse poco despues el gobernador de Valencia para su tierra, y quedaron en la suya llenos de felicidad Rogelio y Evelia, no cesando esta de dar gracias á Dios porque al fin habia premiado su constancia y su amor, haciéndola esposa de Rogelio, sin que por éso dejase de alcanzar la honra de gobernadora y condesa, como desde un principio habia estado abocada á serlo.

Sin embargo, no fué su felicidad tanta que no se viese amargada por el antiguo corregidor Belion, su padre, el cual llegó á tener por tan seguro que el nombramiento de gobernador de Menorca habia de recaer en su persona, que no salia de su estupor viendo disipadas y deshechas como el humo sus más risueñas esperanzas.

A consecuencia de esto le entró al mercader una tristeza tan grande, que, degenerando en melancolía, le acarreó unas calenturas malignas que le tuvieron postrado en cama, y la gravedad de ellas estribaba en que, como no se podia desahogar por temor de que Rogelio se disgustase, le iban consumiendo por dentro y minándole lentamente la existencia.

Inútiles fueron todos los auxilios que para salvarle se le prodigaron, porque lo que á él le mataban no eran las dolencias del cuerpo, sino las del alma, dado que su flaco fué siempre la vanidad por las grandezas y los honores; así es que al verse privado de ellos cuando más seguro se consideraba de merecerlos y alcanzarlos, le ocasionó tan dolorosa impresion, que del disgusto se le acabó la vida, pues de allí á poco murió, dejando á Evelia cuantiosas riquezas, casi todas ellas ignoradas, en razon á que entre sus muchas faltas tambien figuraba la de la avaricia, que es de las que Dios más castiga, pues dá los bienes de fortuna para que de ellos se haga un mesurado y digno empleo, no para que se las esterilice y entierre.

Bajó al sepulcro Belion sin que le acompañasen otras lágrimas que las de sus hijos; pues su ridícula manía de querer distinguirse siempre de sus camaradas y sobresalir de entre ellos, no por el mérito personal, sino por la vanidad mal entendida, fué causa de que su muerte no fuese sentida.

Evelia y Rogelio tuvieron larga y próspera descendencia, y acordándose del humilde orígen que traian, su mayor empeño era honrar á los pobres trabajadores, proporcionándoles muchas veces recursos para adelantar en sus artes ú oficios, con lo cual fueron muy queridos y reverenciados, llegando á hacerse tan famoso Rogelio por el tino con que gobernaba, que recibió frecuentes mercedes del rey, quien deseó conocerle y le mandó llamar, y á su regreso volvió colmado de honores y riquezas, las cuales empleó en el mejoramiento y utilidad de las obras públicas, fundando hospitales, escuelas y asilos, donde se instruyesen los pobres y deleitasen los ricos.

Vivieron Evelia y Rogelio muchos años, felices y contentos, sin que la más pequeña nube turbara el cielo de su felicidad, pues

parecía que Dios les bendecía segun lo que les aumentaba las riquezas, y cuanto con una mano daban para alivio de los pobres, con la otra lo recibian en abundancia, y cuando despues de una dilatada vida murieron, pareció que á los mahoneses se les fué la Providencia, segun lo que su muerte fué de sentida y llorada, conservándose durante dilatados años la memoria de sus beneficios, y citándoseles siempre como ejemplo y modelo de amantes cariñosos, ciudadanos dignos y esposos virtuosos.

FIN.

HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

	Pliegos
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve	5
Carlo-Magno y los Doce Pares de Francia	4
Roberto el Diablo	4
El Conde de Partinoples	4
Clamades y Clarmonda, ó el Caballo de Madera	4
Flores y Blanca-Flor	4
Pierres y Magalona	4
Aladino ó la Lámpara Maravillosa	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno	4
El Nuevo Robinson	4
Napoleon I, emperador de los franceses	4
El carlista D. Ramon Cabrera	4
El general Espartero	4
D. Martin Zurbano	4
Doña Blanca de Navarra	4
Orlando Furioso	4
Simbad el Marino	4
El Sitio y Defensa de Zaragoza	4
Anselmo Collet	4
Los Subterráneos de la Alhambra	4
Gil Blas de Santillana	4
D. Diego de Leon	3
El Conde de Montemolin	3
Zumalacárregui	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla	3
Bernardo del Carpio	3
Cristóbal Colon, ó el descubrimiento de la América	3
Hernan Cortés: conquista de Méjico	3
Los Siete Infantes de Lara	3
D. Pedro de Portugal	3
La Doncella Teodora	3
La Heróica Judith	3
Noches lúgubres de Cadalso	3
Matilde y Malek-Adhel	3
Abelardo y Eloisa	3
Ricardo é Isabela, ó la Española-Inglesa	3
Ana Bolena	3
Diego Corrientes	3
El Marqués de Villena ó la Redoma Encantada	3
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca Encantada	3
El Conde de las Maravillas	3
Santa Genoveva	3
El Nuevo Navegador, ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo	3
El Gran Capitan Gonzalo de Córdoba	3
El Bastardo de Castilla, ó el Castillo del Diablo	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason	3
La Hermosa de los Cabellos de Oro	3
La Guirnalda Milagrosa	3
Los Siete Sabios de Roma	3
Guerra de la Independencia española	3
Los Niños de Ecija	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro Blanco Encantado	3
El Príncipe Selim	3
Las Dos Doncellas disfrazadas	3
Julio y Zoraida, ó un episodio de la Guerra de Africa	3
El Májico Rojo	3
Aurelia y Florinda	3
El Santo Rey David	3
La Urraca Ladrona	3
Biografía del general Prim	3
Cornelia ó la víctima de la Inquisicion	3
La Diosa de los Mares	3
El Casto José	2
El Viejo Tobías y el Jóven su hijo	2
El Juicio Universal	2
San Alejo	2
San Amaro	2
El Marqués de Mántua	2
El Valeroso Sanson	2
La Creacion del Mundo	2
El Diluvio Universal	2
San Albano	2
Nuestra Señora de Monserrat, y penitencia de Fray Juan Garín	2
Francisco Estéban el Guapo	2